

Apoyó en una mano la cabeza  
 Y en el silencio augusto de la tarde  
 Dijo en voz baja:—Es una cosa extraña:  
 Pienso que el mundo debería fijarse  
 Sólo en aquello que nosotros vemos,  
 Sin aspirar jamás á algo más grande.  
 Así, nunca me hiere amarga duda,  
 Con lo desconocido al encontrarme,  
 ¡Ay!, con ese fatal desconocido,  
 Siempre una solución queriendo darle.  
 Si en la Filosofía y en el Olimpo  
 Ha acabado la fe; si ya no bate  
 Sus alas la esperanza, yo sostengo  
 Que el hado nos dará, radiosa y grande,  
 Una nueva verdad, que aún no conozco,  
 Pero que en mi alma se estremece y late.

Oyendo estas palabras, sintió Cinna  
 Un consuelo dulcísimo, inefable,  
 Viendo que otros sufrían como él mismo,  
 Que no eran sólo suyos los pesares;  
 Y hasta creyó sentirse descargado  
 De su propio dolor hondo y constante,  
 Como al que se le quita enorme peso  
 Que entre otros muchos seres se reparte.



## IV

## Antea.

**E**ntre el joven romano y aquel viejo,  
 Tan docto y tan prudente como sabio,  
 La amistad santa desde aquella noche,  
 Hora tras hora acrecentó sus lazos.  
 Mirábanse á menudo, y entre ellos  
 Era de ideas natural el cambio  
 Á pesar de lo triste de la vida,  
 De sus muchos sufridos desengaños.  
 Cinna era joven, y el voluble mundo  
 Ofrecíale aún nuevos encantos;  
 El más dulce de todos, el más bello,  
 Pues ni en sus sueños acertó á mirarlo,  
 En Antea lo encontró, la única hija  
 De Timón, que la amaba apasionado.

No era menor la fama de esta joven  
 Que aquella que dió nombre al viejo sabio;  
 Los griegos, los filósofos, el pueblo,  
 Los de fortuna próceres romanos,  
 Abrigaban hacia ella ciego culto  
 Por su talento y su saber preclaros.

Nunca encerrada fué en el gineceo,  
 Porque Timón la conservó á su lado  
 Y la educó en la escuela de su ciencia,  
 Dándole de virtud ejemplos prácticos.  
 Desde niña leía con su padre  
 Libros griegos, hebreos y romanos;  
 Y conociendo á fondo las tres lenguas  
 Que eran entonces luminosos faros,  
 Dotada de magnífica memoria  
 Y con criterio varonil y sano,  
 Tomó parte en profundas discusiones  
 Que en derredor del venerable anciano,  
 En su casa, durante los simposios,  
 Los hijos de Serapis entablaron,  
 Nunca sin extraviarse; como Arianna  
 Guiaba á todos en el negro campo.

Timón la idolatraba, y no tan sólo  
 Sentía por ella el culto noble y santo  
 Del amor paternal, pues la admiraba

Como á un genio divino y soberano.  
 Parecía que á su lado aleteaba,  
 Con un celeste y misterioso encanto,  
 Alguien que revelaba cosas nuevas  
 Veladas por el cielo á los profanos.  
 Sí; la amaba Timón más que á sí mismo,  
 Y su temor más hondo y más amargo  
 Era perderla alguna vez, pues ella  
 Le contaba á menudo que soñando  
 Miraba envueltos en extrañas luces  
 Unos fantasmas pavorosos, raros,  
 Sin comprender jamás si le ofrecía  
 Vida ó muerte cortejo tan extraño.

Todos miraban con amor á Antea;  
 Los egipcios, rendidos á su encanto,  
 Llamábanla doquiera *Flor de Loto*,  
 La flor gentil de pétalos nevados  
 Que se saca del Nilo en las riberas,  
 Siendo la más preciada porque acaso  
 El que la llega á ver nunca la olvida,  
 Pues su conjunto deslumbrante y mágico  
 Logra ofuscar las formas y el hechizo  
 Del más bello y gentil ángel humano.

Antea, además de docta era hermosísima;  
 De Egipto el bello sol no había bronceado

Su cutis de brillante madre perla  
 Bañada de la aurora por los rayos.  
 En sus ojos profundos reflejaba  
 De las aguas del Nilo el azul claro;  
 Y su dulce mirada parecía  
 Estar fija en lo ignoto, eterno y vago.  
 Cuando Cinna la vió por vez primera,  
 Pensó alzarle un altar, gala del Atrio,  
 Y allí sacrificarle dos palomas  
 Blancas y puras cual su piel de raso.  
 Al mirarla tan bella, estremecido  
 De intenso amor el adalid romano,  
 En su mente surgieron los recuerdos,  
 Como estrellas del cielo del pasado,  
 De las mujeres rubias y morenas,  
 De ojos ardientes, de encendidos labios,  
 De largas trenzas rubias como el oro,  
 Que le brindaba el Septentrión lejano.

Ninguna era tan bella como Antea;  
 Este radiante sol nubló á los astros;  
 Esculturales sus divinas formas,  
 Emblema de pudor todos sus actos,  
 Radiante y llena de candor el alma,  
 Y un saber tan profundo como vasto,  
 Cinna gozaba viéndola á menudo;  
 Oirla conversar era su encanto,

Y no creyendo en los inciertos Dioses,  
 ¡Vió en ella un ser eterno y sobrehumano!  
 Amó á aquella mujer con poderoso  
 Grande, inconmensurable y espontáneo  
 Amor, que como nueva y dulce fuente  
 Surgió en todo su ser, para inundarlo  
 De bondad exquisita, suave aroma  
 Que borró los recuerdos del pasado,  
 De no sentidos frágiles amores  
 Haciéndole soñar nuevos encantos.

Miró á Antea sobre todas las mujeres  
 Superior y gentil, pero á tal grado,  
 Que anhelaba poseerla únicamente  
 Para adorarla con amor tan casto,  
 Que se soñaba el más feliz del mundo  
 Pobre, solo, sin luz..., pero á su lado.

Como violenta tempestad arrastra  
 Cuantos escollos saltan á su paso  
 Aquel amor arrebatóle á Cinna  
 La paz del día y el reposo grato  
 De las noches, la calma de la vida,  
 Y no encontró sosiego ni descanso.

Amaba á aquella hermosa flor humana  
 Con el ardor de sus mejores años;

Vió un mundo nuevo abrirse ante sus ojos  
Como un futuro luminoso y claro.

No tardó mucho Amor..., niño travieso,  
En herir á la joven con su dardo,  
Y Antea sintió por su devoto Cinna  
Una pasión que nunca había soñado.

Al fin sus almas se fundieron juntas,  
Y pronunció con temblorosos labios  
La doncella gentil esas palabras  
Que sellaban la unión en los romanos:  
«Yo estaré Caya, sin faltarte nunca  
Dondequiera que estés, mi amado Cayo.»  
Y al oirlas, de gozo estremeciósse  
El joven, ya sintiéndose inundado  
De una felicidad inagotable,  
Como las aguas del profundo Océano.



## V

## Los delirios de Antea.

**E**N los transportes del amor había  
Un año brevemente transcurrido,  
Y en él la esposa joven y adorada  
Gozó homenajes en verdad divinos.  
Para Cinna era el fuego de sus ojos,  
Su luz, su amor, su ciencia, su destino,  
Y sin embargo, al comparar su dicha  
Con el inmenso ilimitado abismo  
De las aguas del mar, no pensó nunca  
Que están siempre sujetas al capricho  
Del flujo y del reflujo, y que es el mundo  
Lo más falso, variable y movedizo.

Una dolencia nueva y misteriosa  
 Contrajo Antea; un mal desconocido  
 Que transformó sus dulces ilusiones  
 En horribles y tétricos delirios.  
 Los luminosos rayos de la aurora  
 En su faz se apagaron de improviso,  
 Y la belleza de la madreperla  
 Permaneció sobre su cutis rígido;  
 Enflaquecieron sus ebúrneas manos,  
 Los ojos bellos parecían hundidos,  
 Y el color rosa de la *Flor de Loto*  
 Por la tristeza apareció marchito.

Rondaban á menudo negros buitres  
 Aquel risueño hogar, antes tranquilo,  
 Lo cual era el presagio de la muerte  
 En opinión de crédulos egipcios.  
 Antea miraba espectros pavorosos,  
 Negros fantasmas la miraban fijos  
 Siguiéndola tenaces, intentando  
 Hundirla en lento y tenebroso abismo.  
 Dominada y rendida por la fiebre,  
 Inundada la faz en sudor frío,  
 Temblando entre tormentos espantosos  
 Se doblegaba como enfermo lirio,  
 Y apoyando en el pecho de su amado  
 La trémula cabeza, «¡Oh Cayo mío,

Murmuraba, defiéndeme, defiéndeme!  
 Y quedábase inerte y sin sentido.

Cayo, que la adoraba con locura,  
 En tan amargo instante habría querido  
 Lanzarse sobre todos los espectros  
 Y de un golpe ahuyentarlos, confundirlos,  
 Volverlos á los antros de Perséfone,  
 Y á su adorado ser mirar tranquilo.

Pero era todo en vano. El sol de ocaso  
 Daba á la mar un tinte purpurino,  
 Y el solemne silencio interrumpían  
 Los buitres con su fúnebre graznido.

Por dondequiera que buscara Antea  
 Un refugio, igual era su martirio;  
 Las terribles visiones la seguían  
 Sin darle paz, sin procurarle alivio.

Cinna interrogó entonces á los sabios,  
 Y obedeciendo sus consejos, hizo  
 Que su ninfa se viese rodeada  
 De tañedores del *Sambaco* egipcio,  
 Que con flautas de arcilla acompañasen  
 Los afamados músicos beduínos;

Nada bastó á ahuyentar á los fantasmas,  
Y su murmullo lúgubre y fatídico  
Mataba el son de aquellos instrumentos,  
Haciendo inútil su poder divino.

Al sepultarse el sol entre las olas  
Y cernerse la sombra en el abismo,  
Antea miraba un espantoso espectro  
Que con vidriosos ojos, siempre fijos  
En ella, y con las manos descarnadas,  
Llamándola gritaba: «Ven conmigo.»

Á veces parecía que el espectro,  
Abriendo con horror los labios lívidos,  
Dejaba que salieran por su boca,  
Negros insectos, rápidos, aligeros,  
Que revolando en ronda por los aires  
Llegaban hasta Antea... En tal suplicio,  
Temblando la infelice frente á Cinna,  
Con ojos extraviados pedía á gritos  
Que la matase pronto con su espada  
Ó le diera el veneno más activo.

Ante tales propuestas, el esposo  
Se rebelaba enérgico. Afligido,  
Se hubiera abierto con placer las venas  
Por dar á su adorada algún alivio.

Al peso del dolor se imaginaba  
Verla exánime ya, su ser ya rígido  
Por la muerte, y el pecho atravesado  
Por la espada. ¡Oh dolor! Era preciso  
Enloquecer, desaparecer del mundo  
¡Antes que dar la muerte al ser querido!

Un sabio doctor griego habló con Cinna,  
Y aseguróle que el fantasma visto  
Era el de *Hécate* al cual cercaban otros,  
Significando bien que todo indicio  
De esperanza era vano, porque Antea  
Perdida estaba ante el fatal destino  
Y Cinna, que jamás creyó en los Dioses  
Ofreció á *Hécate* inmensos sacrificios,  
Inútiles al fin, por que su amada  
Siguió mirando los fantasmas mismos.  
Hizo cubrir sus ojos con los velos  
Más espesos, más negros, más tupidos,  
Y ella siguió mirando los espectros,  
Más insultantes siempre y más fatídicos.  
Llevóla á un aposento angosto, oscuro,  
Y el cortejo infernal fué á tal recinto,  
Dándola como tregua algunas noches  
Un sueño tan profundo como el frío  
De la muerte, y entonces se quedaba  
Rígida, y largas horas sin sentido.

Cinna llegó á creer, y esa creencia  
Tambien llegó á tenerla Timón mismo,  
Que aquel terror de Antea fuese en todo  
Igual al que él también había sentido  
Y que sólo el amor vencerle pudo,  
Porque sólo el amor hace prodigios.

Ya marchita la bella *Flor de Loto*,  
Cinna al desierto la llevó consigo,  
Cerca de Menfis y á la grata sombra,  
De las altas Pirámides, dar quiso  
Consuelo á sus angustias... ¡Todo en vano!  
Allí vió los espectros maldecidos.

Ya vuelto á su querida Alejandría,  
Consultó augures, magos y adivinos,  
Toda la gente sin pudor y osada  
Que vive de amuletos y de hechizos;  
Pues todo intento de salvar á Antea  
Lo juzgaba oportuno, bueno y digno.

Llegó por aquel tiempo de Cesárea  
José Ben Khusy, sabio descreído  
En los Dioses, mas lleno de renombre  
Como médico experto y de gran tino.  
Rechazó con desdén que fuera de *Hécate*  
Aquel fantasma por la enferma visto,

Que ella era sólo presa del demonio  
Y debían alejarla del Egipto,  
Do también la dañaban los vapores  
Del Delta, que juzgábalos mefíticos,  
«Vaya á Jerusalén, do el aire es puro,  
En tono silencioso Khusy dijo,  
Allí poder no tienen los demonios,  
Y su espíritu puede estar tranquilo.»

Cinna escuchó, y obedeció el consejo;  
Tenía en Jerusalén un buen amigo,  
El Procónsul romano, de familia  
Patricia, y á la cual estaba unido  
Por fuertes lazos de sincero afecto,  
Probado como bueno por antiguo

Timón quedó en Alejandría. Y Poncio,  
Á quien le dieron oportuno aviso,  
Les preparó con gusto hermosa quinta  
Y fué ufano en persona á recibirlos;  
Pero aun allí perdióse la esperanza  
De que hallara la esposa pronto alivio;  
Siguió mirando el espantoso espectro;  
Siguió en las tardes con igual delirio,  
Y pasaban los días angustiosos  
Sufriendo el lento y sin igual suplicio.